LA MORAL DE LA HISTORIA. UNA APROXIMACIÓN

Francisco Javier Carrillo Montesinos

En 1967 conocí en París a Maxime Rodinson, uno de los más destacados arabistas de la época (como lo fue Jacques Berque) con dominio de doce lenguas habladas y escritas. Se ganaba la vida como profesor de etíope antiguo en el Collège de France, cúpula del saber. En su casa, sólo libros y documentos, y pocos muebles. En su despacho, un anaquel giratorio reservado a sus diccionarios. Nunca perdió su judeicidad (término creado por mi recordado profesor Albert Memmi). Sus padres murieron en Auschwitz. Rompió con el partido comunista francés tras la invasión de Hungría en 1956 por las tropas soviéticas. Una mesa camilla junto a su escritorio cubierto de papeles recibió al doctorando que era yo. Y una taza de té. Encendió una pipa y me entregó el documento que necesitaba con el ruego de devolvérselo en una semana. Quería conversar con el principiante sorprendido ante un pozo de sabiduría. Cuando murió, me adherí a un libro-homenaje que promovieron otros intelectuales y amigos, titulado «El cocinero y el filósofo».

El buen arabista no podía serlo sin ser un gran historiador. Los hechos constatados del pasado —me dijo— no podemos cambiarlos con los instrumentos que disponemos en el presente. Hay que aplicar la heurística con el cuidado de un cirujano. Mahoma prohibió comer carne de cerdo porque en aquellas condiciones sanitarias generaba muertes; no sabía que se trataba de triquinosis. (Maxime Rodinson escribió la mejor biografía de Mahoma en su contexto). Hoy sí conocemos la causa. La evolución del conocimiento y la moral de la historia de la que se pueden extraer conclusiones para la reflexión y aplicación en la actualidad, pero no podemos dar marcha atrás y afirmar que Mahoma descubrió la triquina; los descubrimientos de la ciencia identificaron la causa y se encontró tratamientos. Pero queda pendiente que ese descubrimiento y esos tratamientos sean aceptados en la diversidad evolutiva de las diferentes culturas que pueden ideologizar los mensajes del pasado remoto y manipularlos como dogma. La aplicación de un descubrimiento científico

EL ÁRBOL DE LA SABIDURÍA

EL DOMINICO FRANCISCO DE VITORIA

despierta resistencias en otras culturas y viceversa. Cuando la FAO abre pozos de agua potable en África la población afectada sigue por la noche bebiendo del agua estancada y contaminada hasta que poco a poco va tomando conciencia de los beneficios del agua potable y de los maleficios del agua contaminada. Algo similar, contextualizando, fue el caso de la prohibición coránica del alcohol proveniente de Grecia, Roma y Palestina a la actual Península Arábiga, en donde también se destilada la palma. No era bueno ir a las guerras de conquistas con la tropa ebria y con el discernimiento nublado, lo cual no quiere decir que, en el presente, se convierta en dogma prohibitivo. ¿Por qué la poligamia con cuatro mujeres se toleró a título indicativo? En el contexto de la época, las mujeres que no vivían ligadas a un clan familiar patriarcal quedaban excluidas de toda relación social y convertidas en cosa. Esta indicación coránica se potenciaba ante la disminución demográfica de hombres por causas de muertes en las guerras que eran más bien de religión. Esta tolerancia no tiene sentido alguno con la evolución de las sociedades hasta el presente. Lo que parecía tener «validez prescriptiva» hace siglos, hoy no tiene fundamente alguno. Sin embargo, el fundamentalismo interpreta literalmente y mantiene esas interdicciones hasta nuestros días.

¿Cómo funcionó el discernimiento ante los sacrificios de niños a los dioses en las culturas fenicia, maya, azteca, etc.? ¿O ante la antropofagia? ¿O en las guerras de religión, u otras guerras? Se volvía de la victoria con las cabezas de los enemigos clavadas en las picas. Con una conciencia «más evolucionada» (sic), se admitió la tortura por la Inquisición; se generalizó la guillotina y el terror en la Revolución Francesa y en la Revolución bolchevique de Octubre en Rusia con el asesinato a sangre fría de los Romanov; se perpetuó la esclavitud hasta el XIX (con coletazos hasta el XXI); se «teorizó» por algunos que los negros no tenían alma en pleno proceso colonizador nada angelical durante todo el XIX en África; se perpetró el gran Holocausto del siglo XX, con un fondo histórico de perfeccionamiento de la «tortura china» y aledaños orientales, sin poder silenciar a las poblaciones víctimas de las armas atómicas (Hiroshima y Nagasaki), químicas, y los terrorismos de diversa calaña (ETA, Al Qaeda, Dáesh, etc.) y algunos genocidios de Estado en y tras la II Gran Guerra. Goya no fue precursor sino heredero con los Fusilamientos de la Moncloa. Muerte, ¿dónde está tu victoria? Paul Ricoeur, gran filósofo, afirmó que «el mal es un desafío a la filosofía y a la teología».

Un tema encriptado atraviesa la historia de la humanidad desde que se dio la relación social: la tensión dialéctica entre el bien y el mal; entre la violencia real y la simbólica que acompaña a la evolución de la toma de conciencia por el ser humano en sociedad. La relación de fuerzas es una constante a la que fue necesario regularla por la Ley para evitar el atropello de los unos y de los otros. Los humanistas de la Escuela de Salamanca del XVI, creían en el «amaros los unos a los otros», crearon el «derecho de los pueblos», semillero del Derecho internacional para evitar las guerras entre países, llegaron incluso a teorizar sobre el tiranicidio para contener los estragos del tirano, apuntado por

el jesuita Juan de Mariana que contribuyó con otro jesuita, Luis de Molina y con el dominico Tomás de Mercado al desarrollo pionero de teorías económicas, inspiradas en la teología moral. En esta escuela de pensamiento, el dominico Francisco de Vitoria, autor de «De Indis», desarrolló un marco «humanista» sobre las culturas indígenas que tuvo gran influencia en el reconocimiento de los indios como personas humanas, así como de su cultura, que sin duda influyó de manera determinante en las Leyes de Indias.

La Escuela de Salamanca, como todo el decurrir de la historia del pensamiento, encuentra sus «remotos orígenes» en los inicios de la Era Axial, (Karl Jaspers), desde el 800 a.C. al 200 a. C., (muy anterior a esta Era Axial, se redactó el Código de Hammurabi y en plena Era Axial la Biblia) en donde surgieron líneas de pensamiento desde un análisis empírico y no forzosamente religioso, en China, India, Judea, Occidente, en aproximaciones sucesivas y sin interconexión. El pensamiento actual es tributario de esta extensa prehistoria. Jürgen Habermas no ignora estos hechos de la tradición al posicionarse, como filósofo posmetafísico, con su teoría de «universalismo» en contraste con aquellos filósofos positivos que desarrollaron la teoría de la «contextualización de la diversidad de culturas». Si se considera la «tensión dialéctica» entre «universalismo» y «contextualización de la diversidad cultural», se explicar una multitud de hechos a través de la historia, desde la diversidad de concepciones de la persona humana en «sus sociedades» (antropología, etnografía y sociología de las culturas...), la compleja comprensión de «el otro», el racismo por desconocimiento radical de lo que se considera «lejano», las guerras subsiguientes en donde predomina la codicia en base a una percepción de lo universal a partir de una cultura o de una civilización local. Y se identifica «el mal» como una constante de origen totalmente desconocido, a no ser de interpretarlo como conclusión de un libre albedrío.

LA TORRE DE BABEL EN 1594. LUCAS VAN VALCKENBORCH

Pero esta respuesta no basta. ¿Cómo podría interpretarse la muerte por cáncer de un niño o un adulto, un terremoto que mata a miles de personas, una erupción volcánica que arrasa pueblos, un tsunami que destruye ciudades, todos estos casos como «mal» que genera la naturaleza junto a tantos otros que genera el «libre albedrío»? La otra cara de la moneda es el «bien». Tanto el uno como el otro ¿sobrevuelan la naturaleza humana o están manifiestos, inmanentes, en esa naturaleza de la que surge el homo sapiens en su diversidad?

Hoy, la filosofía posmetafísica y la filosofía metafísica (que no teología, aunque sí puede asumirla) son herederas de una yuxtaposición y de una sucesión de la diversidad de «cosmovisiones» del mundo/universo. Las preguntas clásicas de dónde vinimos, qué somos y hacia dónde vamos siguen de actualidad, seduciendo a la filosofía de la ciencia y de la técnica, y generando una nueva cosmovisión que no logra dar respuesta a esas básicas interrogantes a pesar de los avances en la relativa «conquista del espacio», de la física cuántica y de la astrofísica, por no hablar de los preliminares de la Inteligencia

Artificial y de la clonación que no es «creación» estricto sensu, sino re-creación.

La economía internacionalizada y la globalización parecen pretender substituirse al universalismo en tensión con las placas tectónicas de la contextualización de la diversidad cultural. La globalización económica y financiera centraliza a nivel mundial no a través del diálogo cultural sino a través de contratos de adhesión en contienda comercial y bursátil.

La cultura y el principio teórico de la solidaridad quedan al margen de los flujos de los enfrentamientos reales y constatables de la economía mundial. La codicia competitiva, en su doble vertiente política y económica, es la que marca la pauta, teniendo a la humanidad pendiente del hilo de la vacuna anti Covid de la desigualdad planetaria, del armamento atómico y de los aspectos negativos de la globalización laminar. Si profundizamos en la pandemia que asola a todos los países del planeta (un ejemplo entre otros), la fijación del precio de las vacunas de los Estados Unidos se ha fijado en el libre mercado globalizado. Ello ha traído como consecuencia que los países ricos han podido vacunar en torno al 90% de la población mientras que en los países pobres la tasa de vacunación oscila en torno al 5%. Es en estos últimos países en donde el coronavirus actual está mutando, y por los canales de los movimientos de población y de mercaderías, llega hasta los países con altos porcentajes de vacunación, generándose con esas nuevas cepas nuevos contagios masivos. Las estadísticas de contagio y de muertes proliferan en los países ricos y poco sabemos de los contagios y de las muertes en los países pobres. Cierto es que el virus que asola es un «mal» planetario que hay que combatir también a nivel «universal» desde la diversidad de todos los países («contextos culturales diversos»). La desigualdad en la vacunación a nivel mundial es «un mal» objetivo generado por la no regulación del precio de la vacuna ante una emergencia planetaria. El aspecto relativamente positivo es que ante este «mal» existe un «bien»: la vacunación de más de 90% en los países ricos, así como el desarrollo de la investigación científica y tecnológica en el desarrollo de los sueros. A este respecto, me decía un destacado investigador norteamericano que mientras el indicador de muertos por coronavirus actual no sea igual a 0 (cero), «habremos fracasado como sociedad mundial» ante un desafío global a causa de los grandes intereses (codicia) de un puñado de multinacionales químico-farmacéuticas. Esta conclusión es aplicable al análisis del funcionamiento de la cara muy negativa de la globalización, en particular la educación escolar y extraescolar, despojada de instrumentos críticos y desvalida por la ausencia de las Humanidades que solían ayudar a tener una visión global de lo que realmente pasa en el mundo y en nuestro más próximo entorno. Bien está que en los programas escolares se introduzcan nociones básicas de economía, finanzas y comprensión de la bolsa en un diseño curricular equilibrado. Y que el diseño de las «finalidades» de la educación pudiera generar una diversidad de opciones que obnubilarán el raciocinio de los educandos con los derivados más perversos de la globalización financiera. Pienso que no se debería formar a niños y jóvenes en la perspectiva de ser «comerciales» para ir vendiendo el país y quedarse tan tranquilos. Es preciso —como en Francia— que en los sistemas educativo y de formación profesional se incluya una materia de «moral y de educación cívica», para impedir banalizar «el mal» e ir nutriendo una tendencia general hacia «el bien». Es un gran desafío en el contexto de la sociedad en que vivimos. En el actual proceso de secularización, —que concierne más al Estado «preceptor» que a los ciudadanos—, se presenta la paradoja entre un «pensamiento líquido» y el resurgir de la filosofía posmetafísica y de la filosofía metafísica; entre las hipótesis de inmanencia intrahistórica, de entropía («Buscando a Dios en el universo», de Ramón Tamames y su cosmovisión) y de trascendencia. En suma, entre la confluencia filosófica posmetafísica entre razón y fe, o entre

su divergencia empírica. El debate queda abierto, y sin solución, entre creencia inmanente y creencia trascendente, ambas reproduciéndose en la intrahistoria desde la Era Axial, envueltas en sucesivas cosmovisiones, generando pulsiones de paz y de guerra, de «bien» y de «mal». ¿Se trata de una «cosmovisión» la actual globalización anclada en nuevos paradigmas económicos y financieros que rigen al Planeta como parte ínfima del universo, violentando lo que sería un denominador común de escala moral, en donde el valor de cambio (¡no digamos de uso!) de una buena camisa se aplicaría al valor de cambio y uso de cada persona? Se tiene la impresión de que la filosofía moral del «personalismo comunitario» (E. Mounier) solamente es «válida» por oportunismo circunstancial de pre guerra o de posguerra...como reacción al «mal» previsible o convertido en hecho fatal. La «conciencia moral» no se trata de una fórmula compuesta por diversas cantidades de «moralina» (palabra de moda en los «creyentes» en el «pensamiento débil» libertario y populista), sino de un instrumento imprescindible para la convivencia en la articulación humana entre el universalismo y la diversidad de los contextos culturales y de las civilizaciones en un mundo multipolar habitado por personas que nacen de igual forma («bien» como proyecto), que mueren («mal» como imperativo), y no por algoritmos ocultos manipuladores de la igualdad, operando con instrumentos de codicia y de poder desigualitario que mantienen la tensión y la violencia simbólica o real en el mundo en permanente estado de «mal» objetivo.

WALL STREET. NUEVA YORK

La paz («bien») entre los seres humanos está más oscurecido que nunca. Se decía: «Si quieres la paz prepara la guerra». Se ha optado, como mal menor necesario, por: «Si quieres la paz prepara tu seguridad y defensa». Añadiría: Si deseas la paz, educa a las conciencias ciudadanas desde la más tierna infancia en el discernimiento sin autoengaños entre el bien y el mal. Esta pedagogía del bien es la única garantía de una evolución pacífica y no autodestructiva de la especie humana. •